

Día Internacional del Libro Infantil 1993

Bajo los auspicios del IBBY (International Board on Books for Young People) se celebró el pasado 1 de abril, el Día Internacional del Libro Infantil, instituido con el fin de conmemorar el aniversario del

nacimiento de Hans Christian Andersen. Este año, el patrocinio de la efeméride corrió a cargo de la sección iraní del IBBY. En estas páginas les ofrecemos el mensaje dirigido a todos los niños del mundo, obra de la escritora

Mahdokht Kashkouli (Teherán, 1949), así como el cartel anunciador, confeccionado en clave de humor por el ilustrador y realizador de cine de animación Nouredin Zarrinkelk (Mashhad, 1937).

Los libros: cuentos del ayer, secretos del mañana

Todavía no había amanecido cuando los niños, corriendo, corriendo, llegaron a la cima de la montaña, que tenía puesto su gorro blanco y estaba sentada tan tranquila. Una de las niñas dijo a la montaña:

—¿Me prestas tu gorro?

—¿Para qué lo quieres? —preguntó la montaña.

—Para volverme invisible y poder viajar, sin que nadie me vea, hasta el Jardín de las Luces —contestó la niña.

—¿Para qué quieres ir allí? —insistió la montaña.

—Para entrar en la Habitación de los Secretos y buscar allí *mi libro* —respondió.

La montaña, después de pensárselo un rato, dijo:

—Te lo dejaré con dos condiciones. La primera es que me devuelvas el gorro antes de la puesta del sol y la segunda, que si descubres un secreto, lo compartas conmigo.

La niña asintió y, entonces, la montaña se quitó el gorro de la cabeza y se lo dio. Y en el instante en que la niña

se lo puso, sus amigos dejaron de verla.

Se montó en el viento y cruzó mares y desiertos hasta que llegó al Castillo de las Siete Puertas, cada una custodiada por un guardián. El guardián de la séptima puerta le dio una llave mágica con la que pudo abrir todas las del castillo. La niña metió la llave en el bolsillo y entró. Dentro del castillo había un jardín que, por arena, tenía estrellas. En el centro del jardín se levantaba un edificio construido con piedras de ardiente luz de sol y de luz pálida de luna. La puerta tenía dos aldabones: el del Secreto y el de la Canción.

La niña se paró un momento, contuvo la respiración y, suavemente, golpeó el aldabón del secreto. La puerta se abrió.



NOUREDDIN ZARRINKELK.

Los suelos de la habitación estaban cubiertos de alfombras con dibujos de flores y árboles que superaban en belleza a miles de flores y árboles vivos con miles de pájaros cantores sobre sus ramas. La niña estuvo tentada de cortar alguna, pero temió que se le hiciera tarde. Cruzó varias habitaciones hasta que llegó a una puerta cerrada que tenía varias cerraduras. Sacó la llave del bolsillo, la introdujo en todas las cerraduras y la puerta se abrió.

Entró en la habitación.

Dio un grito de alegría: en aquella habitación había libros para todos los niños del mundo. La niña recorrió con la vista todas las estanterías con la esperanza de encontrar su libro. Buscó y buscó hasta que, repentinamente, en una esquina de la habitación, vio un libro muy grande titulado *El libro de los secretos*. La niña abrió el libro y hojeó sus páginas. En la primera pudo ver un mapa que señalaba el camino de la Liberación de la Oscuridad hasta la Torre de las Luces. En la página si-

guiente, se indicaba cuál era el trayecto más corto para viajar desde la Luna hasta Neptuno (sobre el río oculto de Venus, alguien había dibujado una marca). En las páginas centrales del libro aparecía la descripción de las diferentes enfermedades y el modo de curarlas. Entre estas enfermedades estaba incluida la enfermedad de la ignorancia y su tratamiento.

La niña murmuró:

—¡Qué bien! ¡Me lo llevaré!

Pero el libro pesaba tanto que no lo podía levantar. Miró por la ventana y se dio cuenta de que el sol empezaba a ponerse. Recordó que tenía que hacer todo el camino de vuelta para devolver a tiempo el gorro a la montaña, así que, muy deprisa, leyó la última página: «El futuro es de los niños, y si cada niño supiera este secreto, no temería la oscuridad».

Muy a su pesar, dejó el libro y, a toda prisa, salió de la habitación, cruzó el jardín, montó en el viento y regresó. Los niños estaban sentados en

la falda de la montaña, esperándola. La niña saludó a la montaña y le devolvió el gorro.

La montaña sonrió y dijo:

—¿Qué tal el viaje, niña? ¿Has traído algo contigo?

La niña contestó alegremente:

—He encontrado un libro muy grande, tan grande como usted, en el que había escritas muchas cosas. Quise traerlo, pero no pude.

La montaña preguntó:

—¿Qué tenía escrito?

La niña pensó un momento y habló:

—En la última página decía: «El futuro es de los niños».

La montaña, un poco triste, bajó la cabeza. Sin embargo, al poco tiempo la alzó y dijo:

—Los ayeres eran de la montaña, de la llanura y del mar; sean los mañanas de los niños. ■

Mahdokht Kashkouli.
(Irán.)